

STEFAN ZWEIG

MARÍA ANTONIETA

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE CARLOS FORTEA

BARCELONA 2012



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Marie Antoinette*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© by Williams Verlag, Zúrich
© de la traducción, by Carlos Fortea,
cedida por Random House Mondadori, S.A.
© de esta edición, 2012 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, retrato de María Antonieta (1775),
de Gautier d'Agoty

ISBN: 978-84-15277-49-1
DEPÓSITO LEGAL: B. 295-2012

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *enero de 2012*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

INTRODUCCIÓN

Escribir la historia de la reina María Antonieta significa reabrir un proceso de más de cien años, en el que acusadores y defensores se enfrentan del modo más contundente. El tono apasionado de la discusión fue culpa de los acusadores. Para golpear a la realeza, la Revolución tenía que atacar a la reina, y en la reina a la mujer. Pero veracidad y política raras veces viven bajo el mismo techo, y allá donde había que trazar una figura con fines demagógicos cabe esperar poca justicia de los complacientes peones de la opinión pública. No se ahorró ningún medio, ninguna calumnia contra María Antonieta para llevarla a la guillotina; todos los vicios, toda la depravación moral, todas las formas de perversidad fueron atribuidas sin vacilar a la *louve autrichienne* [loba austríaca] en periódicos, folletos y libros; incluso en la propia casa de la Justicia, en la sala del juicio, el acusador público comparó con patetismo a la «viuda Capeto» con las depravadas más famosas de la historia, con Mesalina, Agripina y Fredegunda. Más radical fue el cambio cuando en 1815 un Borbón subió nuevamente al trono de Francia. Para halagar a la dinastía, la imagen demoníaca se ve repintada con los más untuosos colores: no hay una representación de María Antonieta procedente de esta época que no incluya nubes de incienso y aura de santidad. Un canto de alabanza sigue a otro, la virtud virginal de María Antonieta es defendida furiosamente, su abnegación, su bondad, su immaculado heroísmo se ven celebrados en verso y prosa, y un velo de anécdotas, abundantemente regado de lágrimas, tejido sobre todo por manos aristocráticas, envuelve el transfigurado rostro de la «mártir pura», de la reina mártir.

La verdad espiritual está, como suele ocurrir, en las cercanías del término medio. María Antonieta no fue ni la gran santa del realismo ni la prostituta, la *grue* de la Revolución, sino un carácter mediocre, una mujer realmente normal, ni especialmente lista ni especialmente tonta, ni fuego ni hielo, sin especial fuerza para el Bien y sin la menor voluntad para el Mal, la mujer promedio de ayer, hoy y mañana, sin inclinación a lo demoníaco, sin voluntad para lo heroico y, por tanto, en apariencia difícilmente objeto de una tragedia. Pero la historia, ese gran demiurgo, no necesita de un carácter heroico como personaje principal para poner en pie un drama estremecedor. La tensión trágica no se deriva sólo de la desmesura de un personaje, sino, en cualquier momento, de la desproporción entre un ser humano y su destino. Puede entrar dramáticamente en escena cuando un hombre demasiado fuerte, un héroe, un genio, entra en conflicto con su entorno, que resulta demasiado estrecho, demasiado hostil para la tarea para la que ha nacido—un Napoleón, por ejemplo, ahogándose en el diminuto cuadrilátero de Santa Elena; un Beethoven, encarcelado en su sordera—, siempre y en todas partes en el caso de cualquier gran personaje que no encuentra su dimensión y su válvula de escape. Pero la tragedia también se produce cuando sobre una naturaleza mediocre o incluso débil recae un destino inmenso, responsabilidades personales que la aplastan y aniquilan, y esta forma de lo trágico me parece incluso la más conmovedora desde el punto de vista humano. Porque el hombre extraordinario busca inconscientemente un destino extraordinario; su naturaleza sobredimensional es, conforme a su organismo, vivir heroica o, en palabras de Nietzsche, «peligrosamente»; desafía violentamente al mundo con la violenta aspiración que habita en él. Así, en última instancia, el carácter genial no es inocente de sus padecimientos, porque la misión que hay en él ansía de un

modo místico esa prueba de fuego para desencadenar una última fuerza; como la tormenta a la gaviota, su fuerte destino le sostiene con más fuerza y lo eleva más alto. En cambio, el carácter mediocre busca por naturaleza formas de vida apacibles; no quiere, no necesita en absoluto una tensión mayor, preferiría vivir tranquilo y en las sombras, donde no sopla el viento y la temperatura del destino es moderada; por eso se niega, por eso se atemoriza, por eso huye cuando una mano invisible lo sacude. No quiere responsabilidades en la historia universal, al contrario, las teme; no busca el sufrimiento, sino que se le impone; desde fuera, no desde dentro, es obligado a ser más grande que su auténtica dimensión. Ese sufrimiento del no-héroe, del hombre mediocre, no me parece menor que el patético sufrimiento del verdadero héroe, porque le falte un sentido visible, y quizá es aún más estremecedor; porque el hombre común tiene que soportarlo por sí mismo y no tiene, como el artista, la bendita salvación de transformar su tormento en obra y forma perdurables.

Quizá la vida de María Antonieta sea el ejemplo más ilustrativo de la historia de cómo a veces una de esas personas mediocres es capaz de arar el destino y, con su puño imperativo, alzarse con fuerza sobre su propia mediocridad. En los primeros treinta de sus treinta y ocho años, esta mujer recorre un camino indiferente, si bien en una esfera llamativa. Nunca supera la media, ni para bien ni para mal: un alma tibia, un carácter mediocre y, desde el punto de vista histórico, al principio tan sólo un figurante. Sin la irrupción de la Revolución en su mundo alegre y despreocupado, esta Habsburgo en sí misma insignificante hubiera seguido viviendo relajadamente, como cientos de millones de mujeres de todos los tiempos; habría bailado, charlado, amado, reído, se habría arreglado, hecho visitas y dado limosnas; habría tenido hijos y, por último, se habría tumbado tran-

quilamente en una cama para morir, sin haber vivido en realidad el espíritu universal. Se le habría enterrado solemnemente como reina, se habría llevado luto en la corte, pero luego habría desaparecido de la memoria de la humanidad igual que todas las demás e innumerables princesas, las María Adelaida y Adelaida María y Ana Catalina y Catalina Ana cuyas lápidas se alzan en el Gotha, escritas con frías letras carentes de amor y que nadie lee. Nunca un ser humano habría sentido la necesidad de preguntar por su figura, por su alma extinta, nadie habría sabido quién fue realmente y—esto es lo más esencial—, sin la prueba a la que fue sometida, nunca ella misma, María Antonieta, reina de Francia, habría sabido y experimentado quién fue. Porque forma parte de la suerte o la desdicha del hombre medio no sentir por sí mismo necesidad alguna de medirse, no sentir la curiosidad de hacerse preguntas acerca de sí mismo, antes de que el destino se las haga: deja dormir sus posibilidades dentro de sí sin emplearlas, deja atrofiarse sus verdaderas dotes, ablandarse sus fuerzas como músculos que jamás se ponen a prueba hasta que la necesidad los tensa para una verdadera defensa. Un carácter mediocre tiene que ser sacado de sí mismo para ser todo lo que podría ser, y quizá más de lo que él mismo sospechaba y sabía; para eso, el destino no tiene otra fusta que la desgracia. Y así, igual que un artista busca a veces, intencionadamente, un asunto en apariencia pequeño, en vez de uno patéticamente universal, para mostrar su fuerza creativa, así el destino busca de vez en cuando al héroe insignificante para poner de manifiesto que es capaz de desarrollar la máxima tensión a partir de un material frágil, una gran tragedia con un alma débil y reticente. Una tragedia así, y una de las más bellas de este heroísmo no deseado, lleva el nombre de María Antonieta.

Porque ¡con qué arte, con cuánta inventiva en episodios, con qué enormes dimensiones integra aquí la historia en

INTRODUCCIÓN

su drama a este mediocre ser humano, con cuánta sabiduría los grandes principios dan el contrapunto a este personaje principal, inicialmente poco productivo! Con astucia diabólica, empieza por malcriar a esta mujer. Ya de niña le brinda como casa una corte imperial; de adolescente, una corona; de joven la colma generosamente con todos los dones del encanto, de la riqueza, y le da además un corazón frívolo, que no pregunta el precio y el valor de esos dones. Durante años malcria, mimando este corazón irreflexivo, hasta que los sentidos lo engañan y se vuelve cada vez más despreocupado. Pero por rápida y fácilmente que el destino encumbra a esta mujer a las más altas cotas de la felicidad, con tanta más refinada crueldad, tanto más lentamente la hace caer. Con melodramática evidencia, este drama pone frente a frente los más extremos contrarios; la arroja de una casa imperial de cien habitaciones a una miserable mazmorra, del trono real al patíbulo, de la carroza de oro y cristal al carro del matadero, del lujo a la privación, del amor del mundo al odio, del triunfo a la calumnia, más y más hondo, implacablemente, hasta la última de las profundidades. Y esa pequeña persona, esa personita mediocre asaltada de pronto en medio de su mimada existencia, ese corazón atolondrado, no comprende qué pretende de él ese poder ajeno, tan sólo siente un duro puño que la batanea, una ardiente garra en la carne martirizada; ese ser que nada sospecha, que no quiere ni está acostumbrado a padecimiento alguno, se defiende y se niega, gime, huye, trata de escapar. Pero, implacable como un artista que no cede hasta haber arrebatado a su materia la máxima tensión, la última posibilidad, la consciente mano de la desgracia no suelta a María Antonieta hasta que a golpes da dureza y compostura a esa alma débil y sin fuerza, hasta que es capaz de dar forma a toda la grandeza que sus padres y antepasados habían derramado en su alma. Despertando sobresaltada en medio de sus

tormentos, la mujer puesta a prueba que jamás se hizo preguntas acerca de sí misma advierte al fin la transformación. Siente, precisamente ahora que su poder exterior toca a su fin, que en su interior comienza algo nuevo y grande que sin aquella prueba no habría sido posible. «Sólo en la desgracia se sabe en verdad quién se es»; esas palabras, a medias orgullosas, a medias estremecedoras, le brotan de pronto de la asombrada boca: le abrumba el presagio de que precisamente por medio de ese padecer su pequeña y mediocre vida seguirá viva como un ejemplo para la posteridad. Y en esa conciencia de tener una obligación superior, su carácter crece por encima de sí mismo. Poco antes de que la forma mortal se quiebre se ha logrado la obra de arte, la perdurable, porque en la última, en la ultimísima hora de su vida, María Antonieta, la mujer mediocre, alcanza al fin la dimensión trágica y se vuelve tan grande como el destino.